

ESCUELAS PRIMARIAS

Organo de los intereses de la Educación Común

AÑO I.

República de Costa Rica.—América Central.

NUMERO 10.

Suscripción por 12 números, \$ 1-00.

San José, 25 de Diciembre de 1892.

Números sueltos, 10 centavos.

FRANCISCO ULLOA MATA.

Así se llamaba el viejo apóstol á quien acaba de arrebatarnos la insaciable muerte.

Encanecido en el ejercicio de las complicadas tareas del Magisterio; llenas las hojas del libro de su vida con multitud de acciones brillantes que por sí solas bastaban para formar una reputación y esclarecer un nombre, bien pudo retirarse á la tranquilidad del descanso y exclamar convencido y satisfecho: he cumplido mi deber!

Había sido el padre intelectual de varias generaciones; hombres notables en ramos distintos de los conocimientos humanos atestiguaban la eficacia de sus empeños en la obra magna de la enseñanza pública; la gratitud nacional rodeaba su nombre con espléndida aureola de reconocimiento y de cariño, y no obstante, como el centinela fiel que aguarda la muerte en el sitio encomendado á su vigilancia, antes que volver la espalda á los peligros, permaneció en el sitio de combate, que para él era la cátedra, hasta cuando repentino accidente destruyó de un solo golpe las energías de su organización, dejando rígida y fría la materia que antes animara un espíritu indudablemente superior.

La multitud de años dedicados por don Francisco Ulloa Mata á la instrucción de sus semejantes, representa el título mejor para alcanzar el premio del eterno recuerdo y de la alabanza eterna de los pueblos. Héroe y redentor, el maestro lucha con la preocupación absurda hasta vencerla al pie de su trinchera de tinieblas, y va arrebatando en cada minuto una inteligencia á la ignorancia y al error, para llenarla de luz, para nutirla de savia, para subir con ella hasta la altura donde resplandece la verdad.

Quien consagra las horas de su existencia á cumplir aquel precepto cristiano de enseñar al que no sabe; quien teniendo condiciones para brillar en productiva carrera, escoge la senda oscura y triste por donde marcha resignado el maestro de escuela, llevando en sus alforjas apenas lo suficiente para no morir de necesidad, tiene sin duda grande alma, corazón generoso, y más que todo, profesa amor rayano en delirio á la patria que lo cuenta entre sus hijos.

El decano de nuestros institutores lo era el señor Ulloa Mata: hagamos un simple esfuerzo de imaginación, calculemos en los numerosos años que dedicó á la enseñanza cuántas luchas, cuántos afanes y sinsabores le proporcionarían las exigencias de los unos, el egoísmo de los otros, la estupidez de éstos y la indolencia de aquéllos. Ni aun alcanzando una cifra enorme al sumar las contrariedades y disgustos, podremos darnos exacta idea del valor inmenso que representa para el progreso de Costa Rica el esfuerzo sostenido y perseverante de un obrero incansable como él.

Aunque humilde batallador el señor Ulloa tiene derecho á su corona de gloria; no portó resplandeciente acero ni derramó sangre humana para establecer el imperio de una idea; no oyó batir palmas por su habilidad al mantener la liza en el torneo de las contiendas políticas, pero hizo algo eterno, inmutable: ilustró la razón de sus semejantes; desarrolló las facultades embrionarias del niño por medio del estudio, y formó generaciones de hombres libres, razonadores, conscientes; es decir, dió á la patria numerosa cantidad de los elementos que ella necesita para progresar y engrandecerse.

Así, pues, al decretar el Supremo Gobierno que los gastos del entierro del señor Ulloa se cubrieran por cuenta de la Nación, no hizo más que realizar un acto de justicia en memoria del ilustre muerto; y hoy nosotros, dedicándole esta sencilla ofrenda y recomendando su ejemplo á todo el personal docente de la República, cumplimos en parte el deber de honrar y enaltecer su memoria.

SUMARIO.

Francisco Ulloa Mata.—Fiesta inolvidable.—Artículos pedagógicos.—Sobre la enseñanza práctica de la química en la educación secundaria (continuación).—Juicio y raciocinio.—Conferencias sobre los deberes de los institutores primarios, VII.—La casa maldita (poesía).—Los vagos.—Nómina de los acuerdos emitidos por la Secretaría de Instrucción Pública en el mes de Setiembre último.—A tí (poesía).—Reproducción: Fuerza de voluntad.—Notas varias.

FIESTA INOLVIDABLE.

A mis compañeros de excursión.

Propiamente hablando, esto no es crónica ni cosa semejante. Apuntes en desorden, impresiones varias, emociones agradables unas, porque eran debidas á la contemplación de panoramas bellísimos, sublimes otras, porque nacían de arranques entusiastas ocasionados por el espectáculo de escenas que no podían ni aún soñarse en la soledad inmensa de las montañas, todo eso bulle en estos renglones trazados con mano insegura para corresponder á exigencias de la amistad y dar un público testimonio de admiración á quienes supieron merecerlo dignamente.

No voy á referirme á uno de esos actos celebrados entre el bullicio de las ciudades, de los que separando el brillo de las apariencias, nada queda en realidad; mi pluma no trazaría una página para halagar pretensiones ni vanidades, porque nunca fué cortesana ni buscó asilo en los salones donde la diosa Mentira tiene altares; es una fiesta humilde la que voy á reseñar: son actores en ella el pueblo que trabaja, los hijos inocentes de ese pueblo, cuya inteligencia está ejercitándose en el estudio, y los maestros abnegados que dan su vida y tranquilidad para lograr la redención del ignorante: el teatro es la Naturaleza con toda su soberbia esplendidez, y los espectadores son una legión de entusiastas que demuestran con su presencia cómo no es indiferente la marcha de la instrucción para los buenos ciudadanos, y cada día aumenta el número de sus convencidos sostenedores y partidarios.

Se trata de los exámenes públicos de una escuela perdida allá entre las sinuosidades de la montaña; el entusiasta Obregón quiere ver presenciados estos actos por el Supremo Magistrado, pero la salud

de éste le impide complacer al modelo de los Inspectores de Escuelas, y comisiona al Doctor don Pánfilo J. Valverde para que lo represente. El Ministro quedó en el Palacio Nacional, y emprendió viaje el hombre franco, alegre, decididor, demócrata sin ridículas afectaciones, y en compañía de éste y del modesto y caballeroso don Miguel Obregón, pudo mi individuo marchar á horcajadas sobre un pariente cercano del inolvidable Rocinante, sin que importara un comino la singular figura del ginete.

En alegre mañana y á principios de este mes emprendimos rumbo hacia El Rosario; para él que esto escribe era cosa nueva un paseo por las campiñas y montes de Costa Rica; encerrado siempre en el recinto estrecho de la ciudad, la primera ráfaga de aire puro que absorbieron mis pulmones, fué como una renovación de fuerzas que ya tendían al agotamiento; y cuando el cielo azul dejó ver sus magnificencias, y una vegetación lozana nos reveló la fecundidad de la tierra que hollábamos, sin previa evocación, el recuerdo de la patria vino á mi memoria y sus campos risueños y queridos los vi reproducirse en aquéllos que estaban al alcance de mis ojos.

Como ya he dicho, llevábamos por fin de nuestro viaje presenciar unos exámenes: acudíamos, pues, á una fiesta de la inteligencia, sencilla pero edificante; libre el pensamiento de preocupaciones enojosas, abierto el ánimo á sentimientos nobles, el que llevaba á las espaldas un fardo de penalidades, tal vez la punzadora espina de sufrimientos incurables, dejó todo ello como olvidado por esos instantes y se dispuso á no perder un detalle del festival que se preparaba.

Marchamos en triunfo desde Desamparados hasta El Rosario; el tronar de los cohetes, los vivas al Doctor Valverde y al Inspector de Enseñanza, el grato son que arrancaba á sus instrumentos la orquesta de Aserrí, la comitiva numerosa que nos acompañaba, todas esas fueron causas para que nuestro viaje revistiera el carácter de una alegre excursión en que la alegría más retozona y la más franca cordialidad se habían dado cita para hacernos ameno y delicioso el tiempo que empleábamos en rendir la jornada.

Llegamos á El Rosario cuando ya iba á ser mediodía; aguardábanos numeroso gentío y no bien habíamos soltado la bri-

da á los caballos y correspondido á los saludos de ordenanza, el cumplido Presidente de la Junta de Educación, don Jesús Fallas, nos condujo á su casa, y allí en toscas mesas y democrática vajilla, sin engorrosos cumplimientos, despachamos un almuerzo sano, abundante, y más que todo agradable, porque no había gerarquías ni distinciones de esas que exige la etiqueta social.

Luego nos encaminamos á la casa de enseñanza; artísticamente preparado estaba el edificio: el pabellón nacional mecándose gallardo al compás de los vientos de la montaña; las olorosas flores perfumando aquel aire siempre repleto de elementos vitales; las fisonomías de expresión casi inocente de los moradores sencillos de los campos, y una multitud de niños adorables en cuyos ojos se adivinaba á primera vista la inteligencia, así como en sus mejillas color grana se veían rebosar la salud y el contento.

Llegó la hora del examen, y no sabría expresar, aun cuando llenara un volumen, las ideas que á todos nos inspiró ese acto excepcionalmente hermoso: aquello era una lucha en que cada niño estaba poseído del afán de exhibir sus conocimientos; había ansia, intranquilidad en todos, porque les parecía que no podría examinárseles como ellos deseaban. En todas las asignaturas sobresalían de modo notable: el examen de castellano fué una revelación: análisis exacto de las palabras, sin que una falta de ortografía pudiera tacharse en las oraciones dictadas; conocimiento del significado dudoso de algunas frases; versación completa en las reglas del acento y una fineza exquisita de oído para marcar de acuerdo con las pausas respectivas la puntuación correspondiente; añádase á todo esto una forma de letra correctísima, elegante, y téngase presente que esto lo hacían niños no mayores de doce á catorce años de edad.

En la clase de Matemáticas el resultado fué brillante: familiarizados esos tiernos niños con el conocimiento de las figuras geométricas, trazaban éstas con increíble destreza, dándose cuenta de lo que hacían y explicando el por qué: en operaciones de cálculo mental sorprendía la rapidez con que ejecutaban una cualquiera, comprendiendo las cuatro reglas, sin incurrir en equivocaciones y demostrando la mayor naturalidad del mundo.

En Geografía era de escandalizarse la seguridad con que señalaban un punto determinado, niños que necesitaban subir á un asiento para alcanzar el mapa: definiciones científicas de la brújula, explicaciones concluyentes acerca de los usos y costumbres de los habitantes de otras tierras, conocimiento claro de la topografía, división territorial, productos naturales y de la industria de Costa Rica, cosas todas que nadie imaginaba pudiera comprenderlas, reteniéndolas con pasmosa exactitud, una inteligencia de niño.

En lectura, lecciones de cosas, en las asignaturas todas, el resultado fué sorprendente; ese pueblo del Rosario merece ser objeto de muchos celos y cuidados; Costa Rica tiene en él grandes elementos para el porvenir; allí hay cabezas que no deben perderse; en aquella atmósfera está como flotando continuamente el espíritu de Dios y los cerebros que ahí se forman reciben mayor cantidad de la divina chispa, resultando esas inteligencias que asombran por su precocidad casi increíble.

El resultado de los exámenes se debe principalmente á la extraordinaria feliz disposición de los niños; pero sería injusto si no rindiera un homenaje de admiración pública y solemne á los maestros de El Rosario, ARTURO Y ANA M^a SOLANO, pues el excelente método por ellos empleado y la admirable disciplina que reinó en todos los actos, han sido factores importantísimos en el éxito feliz alcanzado por la escuela.

Entre los alumnos más distinguidos ocupa el primer lugar una niña de rostro simpático donde aún juguetea las sonrisas de la inocencia; de porte modesto, andar distinguido, inteligencia clara y modales de salón, aquella flor olvidada en medio de los campos necesita brillar en otro sol y en otros aires para desarrollar y lucir con provecho sus naturales gracias. EVARISTA CALDERÓN es su nombre, y aquí lo estampo con orgullo, haciendo constar que el generoso Doctor Valverde propuso á la madre de esa niña permitiera traerla á San José para darle una instrucción conveniente, y es muy posible que ese noble empeño se realice.

Siguen luego SIMONA Y FAUSTINO CALDERÓN, hermanos de Evarista. ¡Bendito el vientre de esa madre, porque en él se han formado tres niños que constituyen un tesoro! Ojalá sus inteligencias

puedan desarrollarse, y de la clase humilde á que hoy pertenecen, asciendan por la virtud y el mérito á ocupar un alto puesto en la sociedad y á servir y enaltecer el nombre santo de la Patria!

FAUSTINO PADILLA se llama otro niño que promete mucho para el porvenir, si continúa educándose; en todas las materias sacó nota sobresaliente y bien merece por ello que su nombre quede escrito en estas páginas.

De propósito he dejado para el final hablar del canto. Figúrese el lector una llanura donde formados en cuadro hay más de ochenta niños de ambos sexos; luego los padres, hermanos y parientes de éstos, ó mejor dicho el pueblo entero: en el centro el tribunal de exámenes que se prepara á hacer la repartición de premios: una tarde bellísima, un cielo hermoso, semblantes alegres y la música que deleita los oídos: de pronto silencio absoluto: va á empezar la ceremonia, y así como en Francia la *Marsellesa* fué el canto de guerra contra los tiranos, así en medio de estas montañas comienzan á resonar las notas de ese himno inmortal, repetidas por un coro de voces infantiles, para saludar el momento dichoso cuando un niño recibe el premio por su aplicación é inteligencia; si la *Marsellesa* era el canto de la libertad y del derecho, digno es también de resonar en estas fiestas de la instrucción, sin las cuales ni la una ni el otro pasarán de simples abstracciones.

Y á los acordes del canto de Rouget terminó aquella fiesta que siempre vivirá entre los recuerdos gratos de mi vida.— Perdonen mis compañeros de viaje que sólo les ofrezca pálida reseña, cuando debiera haber escrito algo digno de ellos y de las escuelas de El Rosario, pero mi torpe pluma no puede hacer más en la ocasión presente

Sepa el país entero que en el Dr. Valverde tiene el pueblo un amigo entusiasta y la instrucción pública un decidido servidor. En cuanto á don Miguel Obregón, su entusiasmo no reconoce límites cuando encuentra una población como El Rosario, donde hay deseo de aprender; así se explica mi presencia en esos actos, debido á una invitación honrosa con que quiso favorecerme, olvidando la casi nula significación de mis aptitudes.

Si no he logrado satisfacer sus deseos, cuales eran que trazara viva y

palpitante crónica de los exámenes de El Rosario; si la pobreza de la frase y del estilo chocan con el asunto á que se contraen, ello es debido á circunstancias en las cuales para nada entra la falta de voluntad. Y al terminar estos apuntes, reciban cordial expresión de gratitud por sus atenciones y deferencias para conmigo, el señor Doctor Valverde, don Miguel Obregón, el entusiasta y buen amigo Luis Loría y el muy apreciable é inteligente Aristides Agüero, compañeros todos cuyo buen humor y trato galante harían deliciosa la jornada más difícil y molesta.

✓ Diciembre 1892.

JUAN CORONEL

Artículos Pedagógicos.

VI.

(Continuación.)

LA EDUCACIÓN INTELECTUAL.

La palabra educación (del latín *educatio*, crianza) quiere decir desarrollo de los medios por los cuales se adquieren los conocimientos, aunque comunmente se le da un sentido más lato en el que se comprenden además, los procedimientos empleados para adquirir esos mismos conocimientos.

Educar es, pues, cultivar, desarrollar los sentidos y las facultades del cuerpo y del espíritu; ó *instruir* ó *enseñar*, proporcionar conocimientos.

La suma de los principios por los cuales se consiguen la educación y la instrucción, se llama *Pedagogía*.

La Pedagogía es una ciencia cuando analiza y establece los principios; y un arte, cuando indica los medios de la educación y la instrucción.

Algunos consideran además la *didáctica* (del griego, *propia para enseñar*), como una parte de la Pedagogía.

El conocimiento del mundo material nos viene por los sentidos, luego por medio de ellos llevamos á nuestro espíritu la idea de cuanto los afecta. Tenemos *idea* de un árbol, y aun su *representación sensible*, porque lo vemos; así como tenemos idea de los sonidos, porque los oímos; del sabor y del olor de los objetos que nos afectan los sentidos del gusto y del olfato; y del

viento, porque lo sentimos por tacto ó porque vemos sus efectos. Estos *efectos* nos dan la idea *abstracta* de fuerza, porque mueve los cuerpos que no soportan su empuje; y al mismo tiempo nos dan la idea abstracta de *movimiento*. (1)

Por medio de la ley de *causa y efecto*, que no concebiríamos sin la acción de nuestros sentidos, sabemos que el universo es efecto de una causa primera.

Dios, es cierto, no cae bajo la acción de nuestros sentidos, pero su carácter está impreso en las cosas sensibles; no le vemos, pero por medio de nuestros sentidos nos elevamos hasta Él. (2)

Las ideas de *bueno y malo* aplicables á una fruta, por ejemplo, las obtenemos por el conocimiento sensible que tengamos de ella. Así mismo, las acciones del hombre, buenas ó malas, justas ó injustas, están bajo la inspección de nuestros sentidos, por ellos las conocemos y las juzgamos tales; luego las ideas *morales* nos vienen también por los sentidos.

Aristóteles, que no fué más adelante que otros filósofos de la antigüedad en las investigaciones del origen de nuestras ideas, sentó el conocido aforismo cuya verdad ninguno hasta hoy ha podido desmentir: *nada hay en la inteligencia sin que antes no haya pasado por los sentidos*.

No hablemos de las ciencias físicas y naturales, sino de las abstractas. Euclides para sentar sus postulados, Galileo y Keplero para formular las leyes de la mecánica celeste, Newton para descubrir las de la gravitación universal, nada habrían hecho si sus conocimientos primarios y sus elucubraciones portentosas no hubieran partido del uso de sus sentidos.

Por medio de los sentidos experimentamos las *sensaciones*, que vienen á formar en nuestra mente las *percepciones ó ideas*. Este fenómeno producido por las sensaciones, viene á ser la facultad primaria ó fundamental de nuestra alma: la *sensibilidad*. De ella nacen:

La *memoria*, que es una sensación interna, ó sea el acto por el cual nos damos cuenta, ó sentimos la idea de cualquiera sensación pasada.

El *juicio*, que es la facultad por medio de la cual sentimos la relación que existe entre la sensación y el objeto que la ocasionó, ó en general, la relación que existe entre dos ideas.

Y por último, la *voluntad*, que es el acto por medio del cual sentimos deseos.

Pensar, es formar juicios; luego pensar es sentir.

Se da por extensión el nombre de facultades á otros actos de nuestro entendimiento, que el institutor primario debe tener en cuenta para su desarrollo y esmerado cultivo, las cuales son:

La *atención*, que es una operación por medio de la cual el pensamiento se detiene y se fija con insistencia en el objeto que tiene en mira.

La *observación*, que es el acto de mantener

el entendimiento concentrado en un objeto ó en un hecho, con el fin de completar las percepciones ó ideas.

Ya hemos visto que nuestro conocimiento del mundo material se adquiere por medio de los sentidos. Los objetos y los variados fenómenos del mundo exterior son la sujeta materia en que primero se ejercitan nuestras facultades: los conocimientos comienzan por la experiencia; y las percepciones, son el primer acto de nuestra inteligencia. La educación primaria debe, pues, empezar por la cultura de las facultades perceptivas; y esta cultura consiste principalmente en suministrar ocasiones y estímulos para su desarrollo, y en fijar las percepciones en el entendimiento por medio del lenguaje representativo.

El incentivo más natural y más inocente de la atención y de la adquisición de conocimientos en el niño, es la asociación del placer con la instrucción. La curiosidad, ó sea el deseo de saber, la tendencia á lo bello, son principios que obran poderosamente en la niñez, y su satisfacción va acompañada siempre de emociones placenteras.

Los niños tienen sed de saber y de estar ocupados en todo aquello que ven fácil y placentero: el buen éxito los complace y les da aliento para proseguir en sus trabajos, pero siempre que dependan de sí mismos, siempre que ellos se aperciban de que el éxito lo adquieren por su propio esfuerzo, porque como lo dijimos otra vez, la independencia del espíritu es uno de los estímulos más poderosos y uno de los auxiliares más eficaces en las labores de la evolución del espíritu.

La instrucción debe causar placer á los niños, y cuando no lo causa, hay precisamente algo de erróneo en la materia de la enseñanza ó en el modo de darla.

El desarrollo de las facultades y la plenitud de los conocimientos dependen también de la *atención*, que no es sino el resultado del hábito, y el hábito se adquiere por la repetición de un mismo acto. El gran secreto para fijar la atención de los niños consiste en complacer la curiosidad y el deseo de actividad, mezclando lo deleitoso con lo útil, sin fatigar jamás las facultades manteniéndolas por mucho tiempo ocupadas con un solo objeto.

El *hábito de observación* es otro de los medios que el institutor posee para el logro de sus afanes en las tareas de la educación. La naturaleza misma le sugiere el plan más á propósito para la realización de este fin, en la tendencia incesante de los niños á examinar los variados objetos que los rodean. El institutor debe ayudar al niño á la satisfacción de este deseo, facilitándole los medios de ejercitar sus sentidos sobre todos los objetos nuevos que se le presenten, haciendo que los vea, los oiga, los huela, los guste y los toque según el caso. Hacer esto, es seguir el sistema empleado por la naturaleza,

(1) Balmes.

(2) Condillac, *Lógic.*

que nunca el hombre ha sido capaz de mejorar. (3)

VII.

ORGANIZACIÓN DE UNA ESCUELA.

Clasificación. Horario ó distribución del tiempo. Preparación de las lecciones.

Nos ocuparemos en este artículo, aunque muy someramente, en los trabajos preparatorios para la organización de las escuelas. Al mismo tiempo nos ocuparemos en otro punto importantísimo que no se debe descuidar un solo día, porque de él depende el suceso de las nobles labores del maestro: hablo de la preparación de las lecciones.

Al organizarse una escuela, lo primero que debe ocupar la atención del maestro es la clasificación de los alumnos, atendiendo al grado de instrucción. De este trabajo, bien difícil y enojoso á la verdad depende, si ha sido practicado con tino y escrupulosa exactitud, la marcha regular de una escuela desde los primeros días de su apertura.

Como no es posible hacer un examen prolijo en todas las asignaturas del programa, se tomará como norma para la clasificación de los primeros grados, la de lectura, agregando la de aritmética para los dos siguientes, que son los grados que en definitiva presentan más inconvenientes para una buena clasificación. En todo caso el maestro sacrificará el mayor grado de instrucción de algunos alumnos, al adelanto gradual y progresivo de otros, que estén en un nivel más bajo, siempre que en los primeros no se pueda formar una nueva sección, lo que al fin es una ganancia para ellos, porque repasan lo que han aprendido quizá imperfectamente, ayudando al mismo tiempo á los más atrasados. Esto despertará al fin, la emulación entre unos y otros, la que discretamente dirigida por el maestro, será de grandes beneficios.

Para la formación del horario ó distribución del tiempo, debe tenerse en cuenta no solamente el colocar en las primeras horas de la mañana aquellas materias que necesitan de más esfuerzo mental, como la aritmética y la gramática, sino que es preciso atender al orden en que deben sucederse, para aprovechar el auxilio de la asociación de las ideas en la cultura intelectual, así como para mantener viva la atención y el interés de los alumnos. La historia debe, por ejemplo, colocarse después de la geografía, la lectura después de la gramática, porque es sabido que estas asignaturas se ayudan mutuamente.

La gimnástica ó la calistenia deben colocarse en el último término en las sesiones de la

mañana ó de la tarde, prefiriendo la última; el canto antes del dibujo ó la escritura, ó al contrario, y nunca preceder ó seguir á la lectura, para no fatigar demasiado los pulmones.

La preparación de las lecciones que se dictan diariamente en la escuela, es asunto que de ordinario se descuida. El maestro más ilustrado y más experto en el arte de educar, tiene que encallar en sus labores si tiene la costumbre de improvisar sus lecciones. La claridad (dice un eminente educacionista), la precisión, la sucesión y el valor de las ideas, no se improvisan, porque ellas son el resultado de la reflexión, de la comparación y del tranquilo y concienzudo estudio de los puntos que se traten.

Un maestro, celoso del buen éxito de sus trabajos, se ocupará constantemente en remover todos los obstáculos, en vencer todas las dificultades que se presentan de continuo en el difícil arte de enseñar, y no dejar pasar un solo día sin llevar al caudal de sus conocimientos algo nuevo, alguna reflexión sobre los diferentes y complicados puntos de la ciencia que profesa; porque de lo contrario, no puede dar á sus enseñanzas ni la claridad ni el interés para atraer y dominar con provecho para ellos, caracteres de suyo inquietos y vivaces. La sencillez es otra condición indispensable para el buen suceso; y no puede tenerla un entendimiento sin cultivo. De la sencillez resulta el espíritu de sistema y de método: dar á cada parte de la instrucción su plan y su extensión, combinar los diferentes ramos de la enseñanza de modo que se ayuden mutuamente sin dejar algunas, sin extraviarse ni dar saltos, y seguir con una penetrante atención el desarrollo de las facultades del niño (4). Concretándome al punto principal de esta conferencia, me permito llamaros la atención á los siguientes puntos, que os servirán de guía para el conveniente desempeño de vuestra labor en la enseñanza, en lo tocante á la preparación que debéis hacer antes de presentaros á la clase:

1º Dominar perfectamente el punto sobre que verse la lección para adquirir una seguridad plena en la exposición.

2º Tomar la materia de cada lección, fundándose en la precedente, y si es posible, hacer en los primeros diez minutos una recapitulación de ella.

3º Anotar y clasificar todas las dificultades que se presenten, para su mejor examen y solución.

4º Escoger los ejemplos y hacer las explicaciones, partiendo de los puntos más sencillos, todo de acuerdo con la situación de los alumnos más atrasados.

Después de que la lección ha sido dictada, se hará una recapitulación general de ella, en la cual se empleará el método socrático, con el objeto de cerciorarse de si ha penetrado toda en

(3) James Currie. *La Escuela Pública.*

(4) Vinet. *L'education, la famille et la société.*

la mente de los niños, y también con la mira de aclarar los puntos oscuros que se hayan notado.

Las preguntas deben ser claras, precisas y completas. Nunca deben hacerse preguntas indeterminadas, para evitar las contestaciones con *sí* ó *no*. Se tratará también de que los niños al dar la respuesta, comprendan en ella la pregunta, para que fijen mejor las ideas y adquieran facilidad de represión. Una buena catequización según el método socrático depende no solamente de la claridad y buenas condiciones de las preguntas, sino también del orden en que se hagan, el cual debe ser como todo en la educación, *natural, gradual y progresivo*.

San José, Enero de 1891.

F. F. NORIEGA.

Sobre la enseñanza práctica de la Química en la educación secundaria.

(Continuación.)

Primera operación. Se secan de 500 á 1000 gramos de materia fresca á 100 ó 105° C. La operación puede ejecutarse con un baño seco ó baño de agua calentada con una solución de sal común. La diferencia de peso antes y después de la operación, da el contenido en *agua*.

Segunda operación. De 20 á 50 gramos de materia seca se arden en un crisol de hierro para determinar el tanto por ciento de ceniza.

Tercera operación. Cien gramos de materia seca y pulverizada se ponen en un aparato de destilación con 250 gramos de gasolina. Previamente se habrá colocado un poco de algodón en la parte inferior del aparato. Después se encorcha cuidadosamente y se mueve tan á menudo como se pueda. Dos días después se abre la válvula, y se deja que el líquido se vacíe en un recipiente. Se reemplaza con gasolina fresca, que se aplica de la misma manera. Después que se han hecho tres extracciones, el residuo se estruja hasta que se seque en una prensa, se coleccionan todos los líquidos y se evaporan. Se pesa la *materia gaseosa* que queda.

Cuarta operación. La materia que queda en la prensa se pone de nuevo en el aparato de destilación, como con 500 centímetros cúbicos de alcohol. Después de menearlo durante algunas horas, se junta el alcohol. Un segundo y tercer extracto se hacen con alcohol renovado. El residuo se coloca entonces en la prensa y se aprieta hasta que se seque. El fluido se reúne al que resulta de las extracciones, y se evapora hasta que tenga una consistencia espesa. Luego se le aplica el agua, la que generalmente determina la formación de un precipitado de resinas. Esta se junta en un filtro, pesado antes, y se seca. Su peso representa el tanto por ciento de resina contenido en la sustancia seca.

Quinta operación. El resultado de la filtración del precipitado de resina se divide en dos partes iguales, I II. La parte I se trata con cloroformo y algu-

nas gotas de ácido hidroclórico en un aparato de destilación. Después de menearlo con frecuencia, se abre la llave y se separa el cloroformo de la solución acuosa. Seguidamente se filtra, para quitar la humedad, y se evapora hasta secarlo. Si el vegetal contuviere una *glucosida*, se encontrará, generalmente, ya ó no cristalizada, en el residuo. Su peso, multiplicado por dos dará su tanto por ciento.

Sexta operación. De 5 hasta 15 gramos de raspaduras secas de cuero se introducen en la parte II, y se dejan en un lugar fresco. Dos días después se filtra el líquido, y se dejan las raspaduras durante pocas horas dentro de unos 10 litros de agua. Luego se coleccionan en un filtro, se secan á 100° C. y se pesan. Su aumento de peso, multiplicado por dos, es el tanto por ciento de *tanino* contenido en la sustancia seca.

Séptima operación. El residuo de la cuarta operación se extrae como unas diez veces con un gran exceso de agua. Luego se prensa hasta secarlo por tercera vez á 100° y se pesa. La décima parte de su peso se coloca en un mortero cubierto con 200 centímetros cúbicos de solución de Comaitezer. La mezcla se menea frecuentemente. Coma á las 12 horas, se filtra en un embudo cerrado con un tapaboca de asbesto, después de lo cual, se usa un poco de agua para lavar el mortero, el embudo y el amianto. Se chorrea ácido acético dentro del líquido hasta que cambie de un azul oscuro á un azul verdoso. El precipitado se lava por decantación con una buena cantidad de agua por dos ó tres días. Finalmente, se reúne en un filtro de peso conocido, se seca y se pesa. Su peso multiplicado por diez es el tanto por ciento de *celulosa* contenida en la sustancia seca.

Octava operación. Se incinera otra décima parte del residuo lavado con agua y ya seco, resultante de la cuarta operación; el peso de las cenizas se suma con el de la celulosa encontrada previamente á su multiplicación por diez. La suma de ambos números se resta del peso de una décima parte del residuo seco resultado de la cuarta operación. La diferencia multiplicada por diez, es el tanto por ciento de *materia proteica insoluble* contenida en la sustancia seca.

Novena operación. Cien gramos de sustancia fresca se muelen en un mortero con 500 centímetros cúbicos de agua, durante algunas horas. Esta operación se repite por tres veces con agua renovada. El agua usada se filtra y se divide en dos partes, I, II. La parte I se calienta hasta la ebullición durante unos pocos minutos. Si se deposita un precipitado se colecta en un filtro, pesado con anterioridad, se seca y se pesa. Su peso, multiplicado por dos, es el tanto por ciento de *albúmina soluble* contenida en la sustancia fresca.

Décima operación. Se agregan unas pocas gotas de ácido acético al resultado de la filtración de la parte I. Si se observase un precipitado, se colectará y se pesará como antes se ha dicho; y el tanto por ciento de *caseína* se calculará de la misma manera.

Undécima operación. La parte II se evapora hasta reducirla á un pequeño volumen; después se mezcla con un exceso de alcohol. El precipitado se junta y se seca como hemos descrito antes. Su peso, multiplicado por dos, es el tanto por ciento de *dextrinas, gomas y cuerpos pécticos* contenidos en la sustancia fresca.

Duodécima operación. Se destila el resultado de la operación precedente y se evapora todo el alcohol. El residuo acuoso se calienta durante cinco minutos á 90° con un vigésimo de volumen de ácido hidroclórico y se introduce en un cilindro graduado,

sacando luego la dosis de *azúcar* por medio de la solución de Fehluig.

Trigésima operación. Si el microscopio muestra la presencia de *almidón* en la solución, se rayan ó muelen de 300 á 2000 gramos, se tratan con una buena cantidad de agua, y el fluido se pasa por un colador. Después de unas pocas horas se encontrará almidón en el fondo de la vasija. Este almidón se junta, se seca y se pesa.

Décima cuarta operación. De uno á cinco kilogramos de materia bien dividida se extraen con tres á cinco litros de agua caliente y un poquito de ácido hidroclórico. Después de filtrarlo por un tamiz de lino se neutraliza el fluido con cal. El precipitado, mezclado con cal en exceso, se colecta en un pedazo de lino, se prensa y se seca á 100° C. Se muele y se extrae con alcohol caliente. El fluido se filtra y se concentra. Si la planta contiene un *alcaloide* se cristalizará por lo general al enfriarse y pesándolo se puede calcular su tanto por ciento.

Décima quinta operación. Si la sustancia emite un olor aromático fuerte, se destilan de 200 á 5000 gramos, con agua, y la proporción de *esencia* se encontrará reuniendo y pesando las gotas de materia oleaginosa que se encuentren flotando en el agua destilada.

Décima sexta operación. Cien gramos de materia seca se extraen directamente en el baño de agua con 100 c. c. de alcohol caliente y rectificado. Si el enfriamiento del líquido filtrado determina la formación de cristales, el residuo se extrae de nuevo con 500 c. c. de alcohol; el líquido que resulta de ambas extracciones se filtra y se concentra. Al enfriarse depositará la *manita* y congéneres (*dulcíta, perseíta*), contenidos en la planta.

Un carácter especial del método inmediato, es que puede usarse para llevar instrucción é inspirar amor por ella, no sólo al alumno que haya hecho los análisis, sino también al alumno más joven que puede ignorar hasta el mismo nombre de "química". Para obtener ese fin, basta que el resultado del análisis se presente de una manera objetiva y expresiva. En vez de escribir los nombres y proporciones de las sustancias extraídas del compuesto que se ha analizado, el alumno las presentará al natural, siguiendo un plan apropiado y sugestivo. El compuesto que se analizó y los cuerpos extraídos de él, se fijan directamente ó se colocan en tubos, sobre un pliego grande de cartón grueso. La sustancia natural viene primero, luego los cuerpos que contiene, y el peso sumado de los últimos debe dar el peso de la anterior.

La figura muestra el arreglo del todo.

Expresado así el resultado de un análisis inmediato, será inteligible aun para niños, mientras que no hubiera tenido significación alguna para ellos, si les hubiera sido presentado de la manera usual. Si se cuelga en las paredes de un cuarto de clases inferiores, les servirá en las lecciones de objetos. Así se hace á los alumnos que instruyan á sus compañeros de escuela menores; y éstos se preparan gradual y directamente para el trabajo químico que tendrán que emprender más tarde.

Entregado á su autor, semejante cuadro, constituirá un medio de instrucción, como también un recuerdo de buen trabajo en años anteriores.

La vida es demasiado corta para seguir el camino más largo al estudiar cualquier ramo de la humana sabiduría. Los resultados de la actual enseñanza de la química en los laboratorios son: grandes dudas presentadas al maestro, falta de interés en el alumno y pérdida de tiempo para ambos.

La reforma que propongo no tiene nada de nuevo. No es, sino la extensión á la educación secundaria de los principios analíticos ahora tan generalmente aplicados al trabajo primario. Espero que aquellos maestros que conocen por experiencia la solidez de estos principios, no vacilarán en dar al método inmediato un ensayo honrado.

JUICIO Y RACIOCINIO.

Dispuesto á tratar de las principales facultades que el maestro debe desarrollar en el niño, aunque sea de un modo superficial, puesto que mi principal objeto no es darlas á conocer, porque el educador bien las sabe distinguir, sino señalar el modo de contribuir al desenvolvimiento de ellas, continúo hoy mi ya comenzado trabajo, con las dos que de epígrafe sirven á mis mal compaginadas líneas.

Ya dije al tratar de la generalización y abstracción, que el análisis y la síntesis son los medios seguidos generalmente por el hombre, para llegar al conocimiento de la verdad; pero llegar simplemente al conocimiento de una cosa equivale á tener un *juicio* de ella, más ó menos exacto, más ó menos verdadero ó falso; y tener la certidumbre de estar en posesión de la verdad, á la que hemos llegado por medio de deducciones, equivale á decir que hemos *raciocinado* lo bastante para llegar al fiel conocimiento de lo que con convicción afirmamos ó negamos.

Si existen (y la existencia no es dudosa), dos facultades que nos llevan al conocimiento y al conocimiento exacto de las cosas, evidente es que son de principal importancia y por lo tanto el maestro ha de tener sumo cuidado y gran interés en el desarrollo de ellas.

Se denomina juicio al resultado de comparar dos ideas. Balmes, en su *Filosofía Elemental*, lo define diciendo: "Juicio es el acto intelectual con que afirmamos ó negamos una cosa de otra."

Dedúcese de esta definición que no siempre están conformes entre sí las ideas que comparamos: así vemos que hay relaciones de conformidad entre las ideas siguientes: tengo idea de la *camelia* y también la tengo de la *blanca*; y digo: *la camelia es blanca*; pero no sucede lo mismo cuando digo: tengo idea de la *camelia* y también la tengo del *perfume*; observo que el perfume no conviene á la camelia, y formo un juicio diciendo: *la camelia no tiene perfume*. De las relaciones que manifiestan tener unas veces de conformidad y otras de desconformidad, resulta la primera división que se hace del *juicio*, en *positivo* y *negativo*.

En otro sentido podemos considerarlo bajo tres diferentes aspectos. Desde el punto de visto psicológico, bajo el aspecto lógico y bajo el aspecto racional.

Psicológicamente es un acto intelectual en el que existen dos partes bien distintas: el acto

subjetivo y el objetivo; es decir: el acto mismo del entendimiento que afirma ó niega interiormente, y lo que se afirma ó niega.

Cuando yo pienso que la *tórtola arrulla*, en el acto interno de mi alma, en la acción de pensar, está el elemento subjetivo; y el objetivo en las ideas que tengo de *tórtola* y *arrulla*.

Considerándolo desde el punto de vista lógico consta de sugeto, cópula y predicado: y gramaticalmente forma la oración que como es sabido, consta de sugeto y atributo.

El maestro ha de tener presente las divisiones que se hacen del juicio, pues los ejercicios que se llevan á cabo han de estar en perfecta conformidad con todos ellos; pero en lo que ha de esmerarse, en lo que ha de poner toda su inteligencia es en lo que los juicios sean siempre verdaderos, teniendo presente para su mejor método la división de los juicios en *juicios de ideas* y *juicios de relación*. "La plataforma es baja"; será un juicio de ideas, y lo será de relación este otro: "Los pecados capitales dan origen á otros muchos."

Esta facultad empieza á manifestarse en el niño desde el regazo materno, juzgando sobre los objetos sensibles que lo rodean; después, en la escuela, aprende á perfeccionar el modo de juzgar, continuando este ejercicio por largo tiempo hasta que, adquiriendo la robustez de entendimiento y el número de conocimientos necesarios pueda dedicarse con fruto á formar los juicios de relación, distinguiendo el bien del mal, lo justo de lo injusto, lo útil de lo inútil, lo agradable de lo desagradable.

Dedúcese, pues, que sobre los juicios de ideas, han de versar los primeros trabajos del maestro, para lo cual ha de tener presente algunas reglas dictadas al objeto, entre las que entresacamos las siguientes:

"El maestro ha de cuidar de que las ideas que se comparen sean claras y verdaderas; evidente es, que si las ideas fueran falsas los juicios sean falsos: para juzgar con claridad y obtener buenas ideas en lo relativo á la claridad, verdad, &c. preciso es que la percepción esté bien hecha, pues las faltas de aquellas cualidades en las ideas, provienen de juzgar con precipitación, lo que conduce muchas veces, á formar juicios erróneos de fatales trascendencias.

"Jamás deberán basarse nuestros juicios sobre palabras vagas cuyo significado propio no se conozca bien."

Nada se deduce de la nada; y de lo confuso y vago, solo vago y confuso puede deducirse; porque si al comparar dos ideas resulta el juicio, éste será como las ideas que se compararon, y las ideas que en hipótesis se dan para comparar son vagas: así, que, si los juicios formados sobre tales bases no resultaren falsos, resultarán á lo menos no tan exactos como debieran ser.

"No deben admitirse para nuestro juicio axiomas falsos, ó que no estén universalmente reconoci-

dos; así como tampoco las proposiciones no demostradas y menos las gratuitas que no puedan jamás conducirnos á conclusión exacta y verdadera."

Así como el ingeniero busca bases sólidas para asentar su obra; examina la montaña que ha de taladrar, y jamás acomete una empresa, sirva de ejemplo, la explotación de una mina, si antes la ciencia no le demuestra que puede llegar ó que llegará á obtener algún resultado satisfactorio, así debemos de huir también de formar nuestros juicios sobre puntos falsos, ó no conocidos, y mucho más cuanto de antemano sabemos que no llegaremos á una conclusión verídica.

"Es muy aventurado formar juicios y ratiocinios sobre proposiciones muy generales.

Mientras más general es una regla, más excepciones suele tener y en consecuencia más fácil caer en error.

"Los juicios deben formarse en estado de ánimo desapasionado."

Tan evidente es, que lo conceptúo un axioma y omito la demostración.

La observación de las reglas que acabamos de sentar son indispensables para la claridad y veracidad de los juicios. Empezar la educación de esta facultad haciendo que nuestros alumnos adquieran ideas exactas de las cosas y las comparen, dejando para después aquellas que suponen mayor penetración y otro orden de conocimientos, es el mejor método para desarrollar la facultad de juzgar.

Las lecciones objetivas, los Dones de Froebel, la Historia, la Geografía, la Aritmética y en suma, todas las enseñanzas desarrollan gradual y paulatinamente el juicio. Coloquemos por ejemplo, un cristal y una pizarra sobre la cátedra: interroguemos al alumno sobre sus cualidades más salientes: al momento nos dirá: la pizarra es opaca: el cristal no es opaco: el maestro debe aprovechar la idea no contenida en el cristal para decirle lo que significa la transparencia. Por estos sencillos ejemplos debe comenzarse hasta que la inteligencia del niño, ya más acostumbrada á estos ejercicios, pueda dedicarse con el fruto que se desea á otros más difíciles y así hasta su perfección relativa, después de la escuela, la sociedad, con sus bruscas impresiones, nos enseña á juzgar con calma y provecho.

Tratemos ahora la otra facultad que nos ocupa.

El *ratiocinio* es el juicio de los juicios comparados: es la conducción que hacemos de dos juicios que se comparan: es, según Balmes, "el acto del entendimiento con que inferimos una cosa de otra."

Para las deducciones necesitamos un medio llamado *argumento*; y la forma de expresarlo se llama *argumentación*. Los extremos de las proposiciones que se comparan se denominan *premisas*; y aquella otra que se denomina *conclusión*; pero la conclusión no es siempre *legítima* aunque sea *verdadera*. Algún animal es útil, lue-

go el caballo es útil. Esta conclusión es *verdadera* pero *ilegítima*; porque hemos podido decir: la hiena es útil. También una proposición *falsa* puede ser una consecuencia *legítima*. Algún hombre es criminal: luego el hombre es criminal: se ve palpable que la legitimidad de la conclusión no sufre la facultad de ella.

El desarrollo de esta facultad corre pareja con el del juicio; pero el maestro no debe traerlo hasta que el alumno no juzgue á lo menos, sobre los objetos reales.

A especie de los análisis y la síntesis, existen otros dos procederes opuestos. La inducción y la deducción.

Por el primero pasamos del hecho al principio, del fenómeno á la ley, de lo particular á lo general; y por el segundo de la ley al fenómeno, de la causa al efecto, del principio á la consecuencia, de lo general á lo particular.

Guiar al niño en sus primeros pasos para que pueda emplear por sí estos procederes surtiendo su inteligencia de aquellos conocimientos indispensables para poderlos realizar, es ayudarle al descubrimiento de la verdad; ejercitando el juicio y el raciocinio para conseguir perfecto y cabal desenvolvimiento.

A. GÁMEZ Y GONZÁLEZ.

Liberia, 3 de Noviembre de 1892.

CONFERENCIAS

SOBRE LOS DEBERES DE LOS INSTITUTORES PRIMARIOS.

(Traducción de V. Mallarino)

OCTAVA CONFERENCIA.

Puntualidad—Asiduidad—Atención—Aplicación—Silencio—Precisión—Obediencia—Orden—Disciplina—Abnegación—El Abate de Lasalle—El caballero Parclat.

Nadie sabe mandar, sino obedecer.

IMITACIÓN DE JESUCRISTO, LIB. I, CAP. 20 V. 2.)

Sencillo en la enseñanza, laborioso y puntual sin ser demasiado exigente, responderá con gusto á las preguntas y aun se complacerá en provocarlas.—QUINTILLANO, LIB. II, CAP. 2.)

Señores: vuestras funciones os imponen deberes; y vosotros los imponéis, á vuestro turno, á vuestros discípulos; de la cumplida observancia de todos los deberes depende el buen resultado de vues-

tra misión, es decir, la educación y la instrucción de la juventud; discípulos ó maestros, los tenéis para todos los días de la semana, para todas las horas del día, no hay uno solo cuya violación no entrañe peligros, ó cuyo descuido ó omisión no acarree funestas consecuencias; cada deber tiene, por tanto, su tiempo preciso, y el maestro que comprende su importancia, no debe permitir jamás que ese tiempo se emplee en otra cosa. Debe enseñar á sus discípulos á ser puntuales, á fin de que den á cada hora el empleo que le está señalado con exclusión de todo lo demás.

El reglamento de su escuela divide con anticipación el año escolar entre el estudio y el descanso, fija la duración de las clases, y reparte con una precisión rigurosa los diferentes ramos de la enseñanza: el institutor pondrá un religioso cuidado en no alterarlo en nada, en la práctica, y en someterse á él cíegramente. No debe prolongar la duración de las clases, porque fatigará la atención de sus discípulos, ni debe acortarla porque causaría perjuicio á su instrucción. Además, dedicar el tiempo señalado para una lección á otra, cuando son tan cortos los momentos asignados á cada una de ellas, y cuando la enseñanza primaria es tan limitada que apenas comprende lo absolutamente indispensable y esencial, equivale á suprimir uno de sus ramos, acaso sin provecho para los otros. Por otra parte, ¿no es esto desconocer la ley, sacudir la disciplina y separarse, en una empresa tan ardua, de los pasos de un guía, sin el cual ninguno de entre vosotros puede tener la presunción de no desviarse? ¿No es esto, por último, dar al niño el ejemplo de una relajación ó de una desobediencia á que por desgracia se siente demasiado inclinado? En el reglamento tenéis la carrera y su límite: trazaos vosotros mismos, dentro de los límites de esta carrera, la ruta que debéis recorrer, señalando, por decirlo así, de antemano todos vuestros pasos. Vuestra escuela se divide en varias clases: los discípulos pasan sucesivamente de una á otra; repartid, pues, el trabajo de cada una para todo el año, distribuidlo según un método, maduro y sabiamente reflexionado, y en vez de hacer marchar esas clases á la ventura, al través de los retardos y de las repeticiones, asignadles, en vuestro plan, desde los primeros días del año, lo que deban hacer el último; sabed lo que vuestra enseñanza debe haber producido en cualquier tiempo en que deséis pedirle cuenta de vuestros esfuerzos; sus adelantos serán seguros, desde el momento en que os los hayáis impuesto como ley.

Observad, por tanto, religiosamente esta ley y no permitáis que vuestros discípulos se separen de ella; llegad antes que nadie á la clase y sed los últimos en salir; todos los discípulos concurrirán al abrirse aquélla, y no le dejarán sino cuando haya sonado la hora de la salida. Cuando enseñéis alguna cosa, no toleréis que se ocupen en otra; si dáis una lección, exigid que os escuchen; cuando interroguéis es necesario que os respondan; animad al niño que tiene una particular predilección por un ramo de la enseñanza, y alentadlo en su estudio para que se dedique á él con mayor celo y ardor; pero no permitáis que por estudiar lo que más le gusta descuide otras materias, dejándose llevar de los caprichos de su imaginación, ó de una repugnancia que más que su falta de aptitud, revela ordinariamente pereza. Sus adelantos no serán iguales en todas las materias, porque la variedad y la desigualdad son la ley del espíritu humano; pero habrá hecho aquellos de que su inteligencia es capaz, y vosotros habréis conseguido un resultado que él mismo no se habría atrevido á esperar.

Siendo vosotros puntuales, lo serán igualmente vuestros discípulos con vuestro ejemplo; pero aun no es esto bastante, es necesario que seáis asiduos. La asiduidad consiste en el sometimiento á nuestros deberes, y en esto el cuerpo tiene mayor parte que el espíritu; la sujeción á las reglas tiene tanta parte como la voluntad; y si ella basta para impedir que el niño se desvíe del camino, no es suficiente para hacerlo marchar por él: la asiduidad lo lleva con gusto donde la puntualidad lo arrastra y lo detiene; animado por ella, de un generoso celo, no necesita de estímulos, obra por sí mismo, y ni el trabajo lo molesta, ni lo atormenta la puntualidad: llega á la hora señalada como el soldado que acude á su puesto; lejos de abatirlo el deber, aumenta su valor; las dificultades lo estimulan en vez de desalentarlo; y cuando se sienta en los bancos de la clase, á donde lo llama el estudio, no se siente encadenado allí por una exactitud rigurosa, sino que por el contrario, lo acompaña su celo y la buena voluntad.

La atención nace de la asiduidad; en vano esperaréis hallarla en un discípulo que es apenas únicamente puntual; su repugnancia por el estudio no se la dejará ver sino erizada de espinas y rodeada de dificultades; y no le dará cabida en su espíritu y le rehusará su voluntad; ahora bien, sin voluntad no puede haber atención, y sin atención es de todo punto imposible la instrucción. ¿Como podrá comprender un niño un principio y deducir sus consecuencias, si cuando lee la exposición en su libro, su vista solamente reconoce el texto, mientras que su espíritu se fija en otros objetos? Cómo queréis que comprenda las explicaciones del maestro, si apenas lo escucha teniendo dividida su atención entre el maestro y un juguete con que se divierte á hurtadillas, ó un vecino que le distrae con sus travesuras? Por tanto, es preciso, si el institutor toma empeño en que progresen sus discípulos y si tiene interés por el honor de la enseñanza, que se capte su atención, que la cautive con la claridad de sus lecciones y con el encanto que sabe prestarles; que la imponga, por decirlo así, con su severidad, si no ha podido conciliarla con la dulzura, y que la conserve por medio de una vigilancia de todos los instantes, sobre el niño cuya ligereza ó mala voluntad pueden inducir á retirársela. El niño no es siempre responsable de su falta de atención, que con frecuencia procede de la versatilidad de su espíritu, y necesita, por lo mismo, de que el maestro lo ayude á resistir á sus inclinaciones y de que lo sostenga para poder dominarlas completamente. Su ligereza rechazará al principio la mano que quiera gobernarla, se le escapará cuando menos lo piense; pero fatigada por último de luchar ó sometida á fuerza de cuidados, se modera y se disciplina, y la atención que la reemplaza se apodera del niño para no abandonarlo nunca, y pierde lo que tiene de penoso al convertirse en costumbre.

La atención os hace dueños de todas las facultades del discípulo durante vuestras comunicaciones con él; y por medio de la aplicación podéis contar con ella aun después de perderlo de vista; entonces la atención, no guiada ya por la voz del mando, sino obrando por su propia voluntad y sin auxilio alguno extraño, concentra todas sus fuerzas para aumentar su poder, arrostra las dificultades para vencerlas, las sondea para profundizarlas, no se deja desalentar por su número, ni abatir por los obstáculos que le oponen, y se propone constantemente un fin, apoyándose en la perseverancia y la reflexión. No menos que á él, os es necesaria á vosotros la aplicación: sin ella él no adelantará, sin ella vuestros esfuerzos serán estériles; por ella la enseñanza absorbe todos vuestros

pensamientos, le consagráis todo vuestro tiempo; es el objeto constante de vuestras preocupaciones, y dominando la naturaleza, obligáis á las inteligencias más rebeldes á recibir de vuestras lecciones un desarrollo que sorprenderá á todo el mundo; ella hace que el discípulo comprenda todas vuestras palabras, que no se le escape ningún principio, que los estudie y medite y que se hagan familiares con el estudio. Ya entonces ella no tiene en él el carácter de una disposición fugitiva y pasajera; adquiere amor al trabajo; la pereza no puede ya resfriar su ardor ni el juego distraerlo de sus ocupaciones; gusta de estas cosas en su debida proporción; y una vez que su espíritu se vuelve á encontrar en presencia del estudio, se aficiona á él y lo abraza con placer, hasta que para prevenir la fatiga, hagáis que el descanso los separe de él. Nada es, por tanto, más necesario en la enseñanza que la aplicación en las materias más elementales como en las más elevadas, ella exclusivamente es la que forma los buenos maestros, y sin ella, el discípulo más inteligente no adquirirá jamás una sólida instrucción en la escuela del mejor maestro.

El silencio es un poderoso auxiliar de la eternidad; favorece tanto la aplicación que casi no se concibe, que ésta pueda existir en una clase sin aquél: la lección del maestro se perdería en medio del ruido, no habría claridad en sus explicaciones, porque serían necesariamente inconexas, y los discípulos, por consiguiente, no sacarían provecho alguno de lecciones que no verían sino una parte; el espíritu más calmado y juicioso se dejaría llevar de la distracción, en una escuela en que tuviera que luchar constantemente con el susurro de las conversaciones y el ruido de los juegos. Nada debe interrumpir el silencio de la clase, sino la voz del maestro y del monitor que mandan, enseñan é interrogan, y la de los discípulos que recitan y responden, ó el ruido regular producido por las evoluciones que ejecutan, para dar á sus diversos ejercicios la uniformidad y la precisión que hacen ganar tiempo economizándolo, y regularizando su empleo, impiden que se pierda.

La precisión en todos estos ejercicios no es sino un medio mecánico, pero es un elemento preciso de orden y de buen éxito. La escuela en que todos, maestro y discípulos, sean asiduos y puntuales, atentos y aplicados, en que se guarde silencio, y en que todo tienda á mantenerlo, marchará con aquella regularidad que se llama precisión, y bajo cuya influencia todo se hace como por encanto, á su tiempo y en el orden que le está señalado.

Empero, para que la precisión reine en su clase, tiene necesidad el maestro de contar con la obediencia de sus discípulos: tiene obligación de someterse á las prescripciones del reglamento, y debe ceñirse á ellas para que, á su vez, obedezcan ellos al maestro y al reglamento; que no viole él jamás, por tanto, sus disposiciones para que, con su ejemplo, no se crean ellos autorizados á desobedecerle. Donde no se obedece al maestro, la voluntad del discípulo es la que gobierna; sus caprichos son leyes, y sus inclinaciones son el único impulso á que no puede resistir; el perezoso se abandona á su fuerza, y en vano procurará el maestro sacarlo de ella; el petulante se entrega á toda su vivacidad natural, y sacude el freno que el maestro le impone; el respondón ó el terco no ceden ante él; basta que exija alguna cosa para que rehuse, ó que mande para que discuta sus órdenes y considere como punto de honor no someterse á nada sin replicar. Por el contrario, en la clase en que la voluntad del discípulo se sujeta á la del maestro, en que el primero ha contraído el hábito de

obedecer hasta á las miradas y á los gestos del segundo, en que éste, sobre todo, reflexiona muy despacio cuanto manda, en que no exige sino lo que es racional, no tolera la menor trasgresión á sus órdenes, en donde se recompensa la obediencia y se castiga la insubordinación, ni tendrá necesidad el maestro de recurrir á la cólera, ni el discípulo á la resistencia, ni habrá conflicto entre ellos; la palabra del uno se dejará oír siempre en un mismo tono, la obediencia del oído se manifestará con igual prontitud; no hay necesidad de emplar la fuerza ni la violencia: la prudencia y la benevolencia, el respeto y el cariño vienen á hacer los únicos títulos de mando y el móvil de la sumisión.

Cuando hayáis establecido una vez en vuestra escuela la puntualidad y la precisión, el silencio y la sumisión, vendrá el orden como consecuencia natural. El es el reglamento puesto en acción, y se confunde con él reproduciéndolo en la práctica; cuando el uno ha hecho, con método, la distribución del tiempo y de los ejercicios, cuando la sagacidad del maestro ha clasificado á los discípulos según su grado de aptitud ó de instrucción, y que ha hecho, por medio de su atención vigilante que esta sabia distribución no sea invertida; el otro se desprende de suyo, ó más bien la escuela lo posee, y su simple aspecto lo revela. El orden exige sobre todo firmeza y perseverancia; un acto de debilidad lo turba, la relajación de la disciplina lo destruye. El maestro que comprende su misión, lo lleva consigo á su clase, lo establece en ella sin violencia; pero lo impone, si encuentra resistencia de parte de los discípulos; y una vez que están amoldados á él, se convierte, entre ellos, en una tradición que los antiguos transmiten á los nuevos, y que todos conservan, porque están sometidos á ella.

Este es el lugar de hablaros acerca del material de escuela, en el cual el orden se encuentra un *auxiliar tan útil*. Los bancos y las mesas deben estar en número suficiente y convenientemente dispuestos para facilitar la vigilancia del maestro; los libros y los cuadros uniformes le permiten dar ocupación á todos los discípulos de una división á un tiempo, é impiden, por este medio, los desórdenes, que son resultado de la holgazanería; en fin, los registros que le ponen constantemente á la vista el personal de su clase inscrito en ellos, sirvenle para señalar las faltas á la clase comprobadas por el hecho de no contestar á la lista; consigna en ellos también, día por día, los resultados de los ejercicios ordinarios; de las composiciones y de los exámenes; á cada niño se le abre su cuenta, en que se tiene cuidado de anotar, con las recompensas que ha recibido, los adelantos que se ha hecho merecer, con los castigos, las faltas que los motivaron. El resumen de estos registros ofrece el cuadro fiel de los trabajos del año, y en cierto modo presenta el balance moral é intelectual de todos y cada uno de ellos.

La disciplina es resultado del orden; y si bien son cosas distintas, están tan íntimamente unidas que no pueden separarse; en esto como en todo lo demás, el reglamento y las sabias disposiciones del maestro satisfacen todas las exigencias de la disciplina, y la sumisión de los discípulos contribuye también á establecerla. No toleréis que nadie la infrinja impunemente, si queréis mantenerla en vuestras escuelas. Recompensad á los que la observan, y castigad severamente á los que pecan contra sus disposiciones.

Que su severidad consista, no en multiplicar sus exigencias á imponer trabas ó privaciones inútiles, sino en hacer que pese igualmente sobre to-

dos, que os mostréis inflexibles, ante toda trasgresión de sus reglas, que de antemano debéis prever para estar en capacidad de prevenirlas ó de reprimirlas, si habéis podido impedir las. La disciplina es el nervio de la enseñanza; sin ella todos sus esfuerzos serían vanos para obtener un buen resultado; de un niño poco aventajado puede hacer un buen estudiante; ordinariamente suple en el maestro la insuficiencia de su instrucción; y si bien es cierto que ella forma el carácter del alumno, no lo es menos que nos sirve también de termómetro para apreciar las aptitudes del que enseña. Nos inclinamos á formar, en efecto, una buena idea del maestro que la hace reinar en torno de él; al contrario una prevención desfavorable se apodera de nuestro espíritu, cuando al entrar á una escuela vemos que el institutor no ha sabido establecerla.

Mantenedla, por tanto, en medio de vuestros discípulos, para que vuestros esfuerzos no sean inútiles y para que se os juzgue como lo merecéis. Ella es el resultado de condiciones muy diferentes, y nada será demasiado, tratándose de cuanto tienda á consolidar su imperio, puesto que por ella están inculcados muchos y muy importantes deberes. Acabo de hacer presente la manera de establecerla y conservarla; pero lo dicho no me parece bastante y vuelvo á repetir lo que tantas veces os he manifestado: no ocupéis la cátedra, si no sentís una verdadera vocación; apasionaos por vuestra profesión; que el deseo de hacer el bien os inspire en vuestra noble tarea el ardor del entusiasmo; que la conciencia, que el sentimiento religioso os aliente para continuarla con firme perseverancia y abnegación profunda; en una palabra, que todos vuestros pensamientos se refieran á un solo objeto, á vuestra profesión. No podéis formaros una idea cabal de los milagros de que es capaz el espíritu humano cuando concentra toda su atención en un solo punto, cuando el corazón, de acuerdo con el entendimiento, se funda sus esfuerzos y participa de sus preocupaciones. Y qué no fué por ventura la abnegación, fecundada por la reflexión, lo que animó la vida entera del abate Lasalle, la que iluminó á un tiempo el corazón y la inteligencia del caballero Vaulet?

Ambos amaban á los padres y á los niños; aun sin saberlo, una secreta vocación los arrastraba hacia ellos, el uno consagró su vida á llenarla, en una época en que la instrucción de las clases inferiores estaba tan distante de atraer la solicitud pública, creó una congregación religiosa, la que dedicó exclusivamente á esa piadosa y difícil misión; el otro después de haber salido del ejército en que había servido gran parte de su vida, creía al dejarlo, terminada su carrera, sin saber que su parte más gloriosa comenzaba apenas. A fuerza de reflexionar en los métodos de enseñanza, el primero inventó aquél que multiplicando el maestro, le permite enseñar, á un tiempo, á un gran número de discípulos; el segundo debió á la casualidad, ó encontró como por instinto el método de sacar partido del saber de éstos, logrando así tener tantos maestros como discípulos. Pero tal es el imperio de la fanática ceguedad de la ignorancia, que cuando aparecieron y mucho tiempo después, estos admirables descubrimientos que, en nuestros días, son títulos de gloria para estos dos hombres de bien y constituyen la base de la enseñanza elemental, fueron considerados como creaciones peligrosas, y tanto sus autores como los que lo propagaron, hubieron de sufrir persecuciones por haber vulgarizado su uso.

Por mi parte, os ruego encarecidamente que no participéis de esas irracionales antipatías; antes de juzgar un invento cualquiera, sometedlo á la prueba

de la experiencia, con inteligencia y buena fe; aceptad el beneficio sin parar mientes en el inventor; sea cual fuere la mano que os lo brinda, bendecidla, si es que este invento ha de ayudarlos á formar hombres honrados, ilustrados y buenos ciudadanos.

La casa maldita.

(Imitación).

Tiene la casa maldita,
la casa negra, tres puertas;
sus nombres: de la Esperanza,
de la Infamia y la Miseria.

¡Qué risueño, qué anhelante
por una el hombre penetra!
¡Qué triste, qué desgraciado
sale por las dos postreras!

Tu curiosidad se excita
y ya saber quieres luego
cuál es la casa maldita.....?
—Pues es la casa de juego!

RODOLFO MENÉNDEZ.

Los vagos.

Grande es el número de individuos que viven en sociedad sin quererse someter al yugo del trabajo, representando en ella el papel de los zánganos en las colmenas. Para vivir en sociedad es indispensable de todo punto, someterse al trabajo, que es la prenda que más adorna y la virtud más hermosa de que pueda vanagloriarse el hombre. A semejanza de la laboriosa abeja, es indispensable buscarse todos los días el necesario sustento, único medio de vivir honradamente.

El que no trabaja no es sólo un vago; es casi un criminal, porque es imposible que sea hombre bueno y virtuoso el que vive de la vagancia. La blusa del menestral, manchada de yeso; la del obrero, manifestando las huellas que le imprime el oficio, la cara y manos cubiertas con el negro de la fábrica, son pedazos de honra que tiene á gala enseñar cualquier hombre digno. La apretada levita y el pantalón de moda que luce el vago en todas partes, son prendas de desprecio que deshonoran al que las lleva. Hay muchos vagos que pasan sus horas de ociosidad pensando en hacer el mal. La vagancia es una plaga social, que es preciso combatir de cualquier modo. Los vagos son vampiros que devoran la parte principal de sus consocios, esto es, la alimentación, pues á costá de ellos viven. Aconsejamos pues, á los que se juzguen comprendidos en ese anatema, que se dediquen al trabajo, que es la mayor honra del hombre.

La ociosidad es madre de todos los vicios; y más ó menos tarde, el ocioso será criminal.—
(Extracto de "El Orden", de Caibarién.)

(De "La Escuela Primaria" de Mérida).

NOMINA

de los acuerdos emitidos por la Secretaría de Instrucción Pública, en el mes de Setiembre ppdo.

N.º 1292. Setiembre 2.—Establece en la Sección Normal del Liceo de Costa Rica y Colegio Superior de Señoritas, la enseñanza de las asignaturas de Doctrina Cristiana é Historia Sagrada.

N.º 1279. Agosto 30.—Acepta la renuncia presentada por los señores Juan J. Casco y Luisa de Casco, de los cargos de Directores de las escuelas de varones y niñas de Jesús de Atenas, y nombra para reemplazarlos á los señores Lorenzo Matos y Carmen de Matos.

N. 1291. Setiembre 2.—Traslada al Director de la escuela de Desamparados, don Leopoldo Peña R., á prestar sus servicios á la de varones de Puntarenas, por el tiempo que dure la licencia concedida al propietario; nombra para sustituir á aquél, al señor Rafael Luna, actual Director de la escuela de varones de San Antonio; y en reemplazo del último, á don Domingo Monje.

N. 1294. Setiembre 3.—Dispone que de eventuales de Instrucción Pública se pague á don Robustiano Rodríguez la suma de ciento cincuenta pesos, á contar del 1.º de Agosto próximo pasado, como profesor de Filosofía y Lógica de las Ciencias en el Liceo de Costa Rica.

N. 1295. Setiembre 3.—Crea una plaza de auxiliar en la Oficina de Canjes y Biblioteca Nacional, dotada con cincuenta pesos mensuales, y nombra para que la desempeñe, á don David Fernández.

N. 1296. Setiembre 3.—Nombra para maestro auxiliar de la escuela de varones de La Unión, al señor Fidel Solís, en reemplazo de don Manuel Córdoba.

N. 1289. Setiembre 1.º—Admite la renuncia al señor Salvador Polinaris, del cargo de portero del Colegio Superior de Señoritas.

N. 1297. Setiembre 5.—Autoriza á las Juntas de Educación de San Rafael de Desamparados y Puriscal para que acepten á las personas nombradas para Tesoreros, garantía fiduciaria en vez de hipotecaria.

N. 1290. Setiembre 2.—Nombra Director de la escuela de varones de San Juan (San José), á don Andrés Benito, en reemplazo de don Celso Gamboa.

N. 1298. Setiembre 7.—Admite al señor Ramón Mata la renuncia del cargo de maestro

en Pacayas, y nombra en su reemplazo al señor Diego Cabezas Figueroa.

N. 1299. Setiembre 8.—Nombra á don José Carvajal para portero del Colegio Superior de Señoritas.

N. 1303. Setiembre 14.—Nombra á la señorita Francisca Angulo para Directora de la escuela de niñas de San Pedro de Alajuela, y deja sin efecto el inciso 1º del acuerdo número 1269.

N. 1304. Setiembre 14.—Acepta á los señores don Abdón M. Badía y Alberto Alfaro, las renunciaciones de los cargos de Directores de las escuelas de varones de Sarchí-Norte y Sabani-lla, y nombra para reemplazarlos á los señores Higinio Alfaro Soto y Domingo González Soto.

N. 1305. Setiembre 16.—Encarga interinamente de la Dirección del Instituto y Escuela Graduada de Varones de la ciudad de Alajuela, los señores don Francisco Ulloa Mata Mata y don Leoncio Martínez, respectivamente, quienes disfrutarán en lo sucesivo y á contar del 1º de los corrientes, de los sueldos de \$ 125 y \$ 100 mensuales; nombra para profesor del referido Instituto, á don Secundino Orozco, con \$ 80 al mes; y dispone que la Secretaría de la escuela graduada de varones, antes á cargo del señor Martínez, la desempeñen por turno y quincenalmente, los maestros de ese plantel, de conformidad con la fracción VI, art. 10 del Reglamento de 10 de Junio de 1887.

N. 1306. Setiembre 17.—Declara sin efecto el acuerdo número 120 de 2 del corriente, debiendo, en consecuencia, el señor Celso Gamboa continuar prestando sus servicios como Director de la escuela de varones de San Juan.

N. 1307. Setiembre 19.—Acepta á don Manuel Oreamuno la renuncia del cargo de ayudante de la escuela de varones del Naranjo, y nombra para sustituirle, á don Fernando Alvarado.

N. 1311. Setiembre 23.—Restablece una plaza de escribiente para la Inspección de Escuelas de esta provincia, dotada con cincuenta pesos mensuales, y nombra para que la sirva, al señor don Aristides Agüero.

N. 1301. Setiembre 13.—Nombra á don Juan Bta. Romero Casal, para maestro ordinario de la escuela graduada anexa al Liceo de Costa Rica, en sustitución del señor Federico Quesada.

N. 1312. Setiembre 27.—Nombra para ayudantes de las escuelas de varones y niñas de Juan Viñas, respectivamente, á don Carlos Cubillo y á la señorita María Morales; y para maestro de la de varones de Filadelfia [cantón de Liberal], á don Elías León, en reemplazo del señor Tránsito Ríos, quien abandonó su destino.

N. 1315. Setiembre 30.—Restablece las escuelas de ambos sexos del distrito de San Antonio de Belén, y nombra para dirigir las, á los señores don Emilio Solís y doña Adelina F. de Solís.

A TT.

Pienso en tí cuando el brilo del sol dora el mar. Pienso en tí cuando la luz de la luna se refleja en la onda.—Goethe

¿Has muerto? No: la muerte tras sí lleva el olvido
¡Y aún te recuerdo yo!
La muerte, dulce madre, tu forma ha destruido,
Pero tu imagen no.

Mas ¡ah! si tú en mi espíritu no has muerto todavía,
Mañana ¿vivirás?
Oh, sí! Mientras respire, ¡lo juro, madre mía!
No has de morir. jamás.

Jamás! Aunque el destino te doblegó en mal hora,
Fué vano su rigor:
Mi gloria un tiempo fuiste; serás mi culto ahora:
¡Tú siempre eres mi amor!

Contigo en todas partes, contigo noche y día
Me sentirás vivir;
Que en tanto que yo aliente, ¡lo sabes, madre mía!
No puedes tú morir.

Y aún vivirás conmigo cuando mi sien no lata,
Que iré á buscarte en Dios,
Y el rayo de su gloria que ardiente me arrebató,
Será para los dos.

No importa que hoy pregunte con afligido acento:
Mi madre, ¿en dónde está?
No importa que mis lágrimas respondan al momento
¡Mi madre ha muerto ya!

Para adorarla siempre del pecho en lo profundo
Tu imagen llevo yo:
Las madres, ¡madre mía!, se mueren para el mundo....
Para sus hijos no!

DIEGO V. TEJERA.

(De la Revista Ilustrada).

FUERZA DE VOLUNTAD

Notabilidades Modernas.

POR DANIEL O'RYAN

CAPITULO II.

Fuerza de voluntad.

(Continúa.)

Parecida á la suya fué la del jardinero paisajista Loudon. Su padre, que era un pobre labrador, al ver la disposición del chico para el dibujo de perspectiva, decidió colocarle con un jardinero paisajista. Mientras estaba aprendiendo el arte, tenía por costumbre consagrar dos noches enteras de cada semana al estudio de otras materias, sin que esto le impidiese ir adelantando en la que principalmente debía ocuparle. Así aprendió francés, lo bastante para poder

á la edad de diez y siete años hacer una traducción con destino á una enciclopedia. Hallábase tan ansioso de progresar, que algo más tarde escribía en su libro de memorias: "Tengo ya veinte años, quizás ha trascurrido el primer tercio de mi vida; y hasta ahora ¿qué he hecho en beneficio de mis semejantes?" Reflexión no muy frecuente en aquella edad. Cursó luego el alemán, y tampoco tardó en apoderarse de este idioma. Después dió trazas para acometer una vasta empresa agrícola, consiguiendo sacar de ella una crecida utilidad anual; hasta que, terminada la guerra con Francia, recorrió toda Europa, á fin de reunir materiales para aquellos extraordinarios escritos con que supo explicar los diversos sistemas de cultivo existentes.

No ofrece menos interés que cualquiera otra de las ya mencionadas la carrera de Samuel Drew. Fué su padre un triste, aunque diligente, jornalero. Con motivo de su pobreza, no pudo extenderse más que á poner sus hijos en una escuela de las de á penique por semana. Samuel salió tan topo y desidioso como amigo de divertirse. Lo poco que aprendió á leer y escribir fué por habérselo, á duras penas, enseñado su madre.

Muerta ésta, no se cuidó mucho de él el padre. Al cumplir el muchacho los diez años, entró de aprendiz de zapatero; y mozo ya, pensó mil veces en meterse á pirata ó algo por el estilo; pues á medida que crecía en edad, adelantaba también en malas inclinaciones. Por fin, resuelve sentar plaza de soldado, y márchase del pueblo con ese intento. Pero tiene que pasar al raso la primera noche del viaje, y esto basta á enfriarle completamente el entusiasmo bélico. Endereza su rumbo hacia Plymouth, y allí por poco pierde la vida en una de esas escenas de contrabandistas á que tan aficionado se sentía.

Semejantes comienzos no auguraban un desenlace feliz. Mas, sin embargo, ese mismo Drew se sobrepuso á los extravíos de su juventud, y logró distinguirse como ministro del evangelio y como escritor de excelentes libros. Supo dirigir á tiempo su energía por útiles senderos; y de este modo se señaló tanto en lo bueno, cuanto había antes descollado en lo malo.

Vuelto á la banqueta, se puso á trabajar en su propia educación, porque casi había olvidado leer y escribir. Aun algunos años después, un amigo suyo comparaba su letra á las huellas de una araña mojada en tinta. Hablando de aquella época de su vida, dijo Drew: "Cuanto más leía, más comprendí, mi ignorancia; y cuanto más la comprendía, mayor era mi empeño de vencerla. Todos los momentos que podía los aprovechaba en leer. Como era indispensable estar ocupado con un trabajo manual, apenas me quedaba tiempo para ninguna otra cosa. Por esto, leía durante la comida; y así me enteraba, al menos, de cinco ó seis páginas."

Quiso entonces establecerse por sí mismo, aun cuando su capital no pasaba de catorce chelines. Pero, como ya eran conocidas su honradez y fuerza de voluntad, hubo al punto quien le brindase desinteresadamente con lo que le hiciera falta. Aceptó un préstamo; y correspondiendo el buen éxito á la acertada y laboriosa conducta, pudo al año reintegrar el importe. Para de allí en adelante, tomó la firme resolución de nunca más deber nada; y cumpliéndola á costa de infinitas privaciones. Acostábase á menudo sin cenar, por tal de no levantarse debiendo. Era su ambición adquirir independencia por medio del trabajo y de la más estricta economía, lo cual fué gradualmente consiguiendo. Al paso que en ello se esforzaba, no desatendía el cultivo de la inteligencia;

en términos, que hasta llegó á engolfarse en el estudio de la historia, la astronomía y la metafísica.

Desbordada su actividad, entró también calorosamente en las discusiones políticas; pues no es legítimo zapatero el que logra resistir esta tentación. Pronto se vió la tienda convertida en una especie de club, de donde frecuentemente tenía que salir el maestro para asuntos del partido. Érale, por esta razón, forzoso trabajar á veces hasta las altas horas de la noche, con objeto de desquitar las desperdiciadas en el día. En una de esas ocasiones estaba batiendo una suela, cuando acertó á pasar por la calle un chico que, al oír el martilleo y notar luz dentro, miró por el agujero de la cerradura, y con voz chillona se puso á agritar: "Remendón, de día marqués y de noche pendón."—"¿Y no le arrimásteis el tirapié?" preguntó un amigo á quien se lo contaba.—"¿Qué! ¡Si me quedé muerto! Lo que hice fué soltar la herramienta y decirme á mí mismo: Cierzo, muy cierto, pero no me volverá á suceder. Aquello me sirvió de oportuno aviso. Desde entonces, aprendí á no diferir ocupación ninguna."

Quitóse en seguida Drew de la política, y se entregó por completo á su oficio y educación. Era la cocina su gabinete, y el fuelle su pupitre. Allí estudiaba y escribía, en medio de la algazara de los chicos. Algunas de las obras que de aquel miserable lugar salieron á luz, son estimadas todavía. Lejos de engreírse con sus triunfos de autor, veíasele barrer la puerta de la calle ó ayudar á meter en casa el acopio de hulla. Diciéndole alguien que así comprometía tu dignidad, repuso: "El que se avergüenza de entrar su combustible, merece pasarse el invierno tiritando." Acerca de su carrera añadía: "Salido de la clase ínfima de la sociedad, he procurado mantener mi familia con decoro á fuerza de trabajo, economía y honradez, y la Providencia ha recompensado mis afanes."

Casi siempre acontece así.

(Continuará.)

NOTAS VARIAS.

El teniente de Edison, Mr. Wangeman, quien exhibió el fonógrafo en Buda Pesth, relata el incidente que sigue, acontecido en aquella ciudad. Hicieron en ella una parada de tres días, y todo el mundo quería ver el fonógrafo. Como el mejor medio de gratificar el deseo general, hasta donde fuese posible, ocurrió á Mr. Wangeman la buena idea de extender una invitación á cada uno de los 1200 suscritores del teléfono en aquella ciudad. El Presidente de la compañía telefónica se encargó de despachar este asunto. Expidió las cartulinas de invitación, y le agobiaron á súplicas por más tiquetes; los elegidos querían llevar á sus familias y á sus amigos. El Presidente cedió á sus ruegos, y borrando el "admitase uno" de las entradas, las endosó liberalmente con el "admitanse ocho", "admitanse diez", según el caso. Mr. Wangeman había comprometido para la exhibición el salón más grande en el mayor de los hoteles de la ciudad. El edificio era tan espacioso como el Hotel de la Quinta Avenida en Nueva York, y se convino en que se admitiese á los convidados por una de las entradas, y que saliesen por otra, de modo que hubiese una corriente constante de visitas; pero cuando llegó el día, el hotel se hallaba materialmente sitiado. En vez de 1200, de por sí una muy numerosa concurrencia, más de 15000 trataban de obtener entrada. Ocurría algo sin precedentes y casi aterrador. El interior del edificio estaba como una caja de sar-

dinas, y todas las calles circunvecinas se hallaban cubiertas por espesa multitud. Nada podía hacerse. Nadie podía ni entrar ni salir, y durante varias horas la situación no cambiaba. Se hizo finalmente sería, y las autoridades tuvieron que enviar una compañía de soldados, á despejar las calles y el interior del hotel. ¡Tanto puede el genio.—¡Salud, noble Edison!

(Del *Illustrated Short Cuts.*, London).

Australia es el país de las inmensas fincas. En un periódico de Melbourne aparecen los avisos de la venta de tres *potreritos*. El área del primero tiene 454 millas cuadradas, la del segundo 553, y la del tercero 648 millas cuadradas. La renta del primero solo alcanza á £ 322, y el ganado en repasto está valuado á £ 2-10 sh. cabeza. Un río la riega, y tiene una población á 90 millas de distancia y otra á las 150. La ventaja de la segunda es que se halla en medio de tres poblaciones que distan respectivamente 180, 300 y 350 millas. La tercera tiene la mejor situación, pues dista 100 millas del ferrocarril más cercano.

El Doctor Garnett, jefe del departamento de libros ingleses en el Museo Británico, ha recibido más de 32500 volúmenes, durante el trascurso de un año, para colocarlos en los estantes de la biblioteca nacional. De éstos, cerca de 10000 eran libros inéditos, 4695 fueron de regalo y 17650 volúmenes fueron comprados para el Museo.

Damos muy cordiales agradecimientos á nuestros estimables é indulgentes colegas "La Hoja del Pueblo", "La Prensa Libre" y "La República" por las benévolas y alentadoras frases que se han servido dirigirnos.

Hoy á las 12 del día se verificará la distribución de premios á los alumnos distinguidos del Instituto Nacional y de las escuelas graduadas de varones y niñas de la ciudad de Alajuela. El Gobernador de la Provincia, don Juan R. Chamorro, á nombre de la Municipalidad, de la Junta de Educación y del personal docente de aquellos establecimientos, se ha servido dirigirnos atenta invitación para que concurramos á la hermosa fiesta. Le quedamos agradecidos y le ofrecemos asistir al acto, si inconvenientes insuperables no nos lo impiden.

Y mañana, á las 11 a. m., ha de verificarse una fiesta de igual género en la Escuela Graduada de Varones de esta capital. La Junta de Educación, el Director y Profesores nos encargan de significar que verán con mucho gusto la asistencia de los padres de familia al acto de la premiación.

También la Directora y maestras de la Escuela Graduada de niñas número 2, esperan que el público y en particular las personas devotas de la educación popular, se dignarán honrar con su presencia los exámenes colectivos de canto y gimnástica de aquel establecimiento, y distribución de premios á las alumnas del mismo, que se verificarán mañana á las 6 p. m. en el local de la Escuela Graduada de varones.

De un oficio del señor Jefe Político del cantón de Puriscal, tomamos las siguientes palabras:

"Conceptúo como uno de mis deberes el de informar á Ud. acerca de la marcha de las escuelas públicas de esta villa, y si antes no he cumplido con

él, débese á mi reciente toma de posesión. Manifestóme el Presidente de la Junta la sorpresa de que estaban poseídos algunos padres de familia por el rápido adelanto de sus hijos varones; y para cerciorarme de la verdad, visité la escuela en compañía del citado Presidente y varios vecinos, y con gran placer me convencí de que ni la enseñanza ni la disciplina del establecimiento dejan nada que desear. El maestro, señor Chinchilla, ha luchado con graves obstáculos, provenientes ya de la falta de recursos y elementos, ya del largo tiempo durante el cual estuvo clausurada la escuela; y no obstante que la organización de ésta data apenas del mes de Abril, sorpréndese uno de ver cuánto han aprovechado los alumnos. Eso significa que el señor Chinchilla es un batallador esforzado y que cumple honradamente la noble misión que se le ha encomendado. Bien por él y por éste pueblo".

Y esa es la verdad pura y limpia. Nos complacemos en confesarlo: los próximos pasados exámenes demostraron hasta la evidencia las raras dotes del señor Chinchilla como maestro y el afanoso empeño con que ha procurado cumplir los deberes de su cargo. Le enviamos nuestra cordial enhorabuena á él y á sus aventajados discípulos.

Las Directoras y maestras de las escuelas de niñas Elemental y Graduada n. 1 de esta ciudad, nos encargan manifestar su gratitud hacia todas las personas que honraron con su asistencia los ejercicios de canto y gimnástica y solemne distribución de premios, con que terminaron los exámenes públicos de dichas escuelas.

Exámenes de San Ignacio.—Grata impresión causaron en el ánimo del tribunal respectivo, los presentados en este distrito por las escuelas de varones y niñas. Luchando con graves dificultades como la falta de útiles, etc., los maestros de San Ignacio, ayudados por un vecindario entusiasta por la instrucción, van logrando difundir ésta entre el mayor número, colaborando así en la obra del progreso y engrandecimiento de la patria.

Merece especial referencia el señor Jefe Político de Aserri, cantón á que pertenece San Ignacio. Don Tomás Rojas A. (así se llama este funcionario) se distingue por el celo con que atiende los asuntos de su jurisdicción, y en materia de enseñanza todos proclaman que está siempre dispuesto á ejecutar cuanto pueda influir en el mayor desarrollo de ésta.

Presenciados como fueron los referidos exámenes por el señor Ministro de Hacienda, Doctor Valverde, aguardamos que éste interpondrá su decisiva influencia para que el Supremo Gobierno dote á esas escuelas del material necesario.

PERSONAL DE LAS INSPECCIONES, ENCARGADO DE LA REDACCION.

SAN JOSÉ: M. Obregón L., Inspector General y de la Provincia; Jesús Kurtze, Luis Loria, Pablo M. Rodríguez, Salustio Camacho, Auxiliares.—ALAJUELA: F. F. Noriega, Inspector; Rafael Obregón, Auxiliar.—HEREDIA: Próspero Pacheco, Inspector; Graciliano Chaverri, Auxiliar.—CARTAGO: F. Mata Valle, Inspector; Alejandro Mata, Auxiliar.—GUANACASTE: Antonio Gámez, Inspector.—PUNTARENAS: Leopoldo Peña R., Inspector interino.

Tip. Nacional.